

nada sería capaz de inducir al rey a firmar un tratado que pusiera en manos de Italia la participación de la Prusia en la guerra. Estas declaraciones irritaron a Lamármora, pero también las noticias recibidas de París llenaron de recelo a Bismarck. Referíanse estas noticias a una declaración del Austria la cual se mostraba dispuesta a renunciar a Venecia siempre que la Francia y la Italia permanecieran neutrales y consintieran en que el Austria se indemnizara con territorio prusiano. Hallándose Napoleón en negociaciones sobre un arreglo de esta clase, le irritaron los armamentos de Italia, y dijo a Nigra en 1.º de mayo que siquiera se le debía haber consultado antes de hacer justamente lo contrario de lo que él recomendaba (1). Además influyó en gran manera en el emperador la consideración que debía a la opinión pública, que era muy contraria a la alianza pruso-italiana. En la sesión del 3 de mayo en el cuerpo legislativo y en un debate sobre la política extranjera, Thiers manifestó su odio contra la Prusia y contra la unidad alemana que se proponía Bismarck, lo cual el orador francés comparó con la renovación del imperio de Carlos V, y dijo que había llegado el momento de que la Francia saliese de su neutralidad y declarase a la Prusia muy cortesmente, pero en términos resueltos, que la Francia no apoyaría la política prusiana. Según Thiers, estaba enteramente en manos del emperador aniquilar los propósitos de Bismarck, pues que solo le bastaba decir una palabra para apartar a la Italia de una alianza con la Prusia.

Para el emperador hubiera sido un gran triunfo si hubiese podido contestar entonces al discurso pesimista de Thiers con un hecho diplomático brillante, emancipando a la Italia de las obligaciones contraídas en el tratado de Berlín por medio de la cesión pacífica de Venecia. Este triunfo le parecía seguro, y el 4 de mayo llamó a Nigra para declararle que el Austria le había propuesto formalmente ceder el Veneto a la Francia para que ésta lo cediera a la Italia, siendo la única condición que se le permitiera indemnizarse con territorio prusiano y que la entrega de Venecia se efectuase simultáneamente con la adquisición de la compensación. Semejante arreglo suponía evidentemente que Italia y Francia habían de favorecer el triunfo de Austria sobre la Prusia, ó que cuando menos habían de permanecer neutrales en la lucha. Se trataba, pues, de saber en primer lugar si la Italia podía y quisiese salir de la alianza del 8 de abril. Napoleón se declaró por la afirmativa, pero a los gobernantes italianos detuvieron escrúpulos morales y también políticos bastante graves. Recibir de manos de Francia en calidad de regalo el Veneto habría aumentado la dependencia, pesada ya, de Italia respecto de la Francia; solo en una guerra podía conseguir la Italia un puesto independiente en el equilibrio político de Europa, y si por otra parte la Prusia, contra todo lo que se esperaba, triunfara del Austria, la Italia saldría perjudicada. Además habría sido imposible al gobierno italiano justificar ante el país el nuevo giro dado a su política, pues los arreglos que exigía debían quedar por lo pronto secretos; de suerte que el ministerio italiano sería objeto en la cámara de violentos é inevitables ataques, que darían por resultado su caída, y esto sin contar con la impresión que al fin habían de producir la publicación de semejante tráfico de mala ley y la infracción del tratado como precio de la adquisición de Venecia. Lamármora comprendió todo esto y su primera impresión fué, según telegrafió inmediatamente a Nigra, que era cuestión de honor y de lealtad no separarse de la Prusia,

francés dedujo de lo que le había dicho Bismarck que debía de existir un convenio entre la Prusia y la Italia además del tratado del 8 de abril (véase Benedetti, pág. 114).

(1) Lamármora, pág. 78.

bien que añadió que todo podría arreglarse en un congreso, porque el tratado caducaba el 8 de julio; con lo cual venía a decir que en el fondo le convenía la proposición, y que si la Prusia se negara a sacrificar la Silesia para que la Italia ganara el Veneto, la Italia podría negarse a la renovación del tratado y abandonar a su aliado a su suerte.

La idea del congreso no era nueva, sino que había sido propuesta inmediatamente antes por el gobierno inglés, el cual admitía como seguro que Napoleón la aceptaría, pues que correspondía a su deseo repetidas veces manifestado. En efecto, un congreso reunido en París que se ocupara en la revisión de las disposiciones territoriales del congreso de Viena, habría sido para Napoleón un triunfo de gran importancia política, y éste fué también el motivo que le llevó a darse la satisfacción, en un discurso que pronunció en Auxerre el 6 de mayo, de manifestar su horror a los tratados de 1815, «que hoy día — ésta era una alusión malévola a Thiers — quieren hacerse la única base de la política francesa.» Al día siguiente hizo proponer ya en Londres y San Petersburgo que las tres potencias enviaran en común las invitaciones para un congreso en que se tratara del Veneto, de los ducados del Elba y de la reforma de la confederación alemana. Según la comunicación de Nigra debía permitirse a la Prusia indemnizarse de la cesión de la Silesia con la incorporación del Schleswig-Holstein y de algunos otros pequeños Estados alemanes. En cambio se crearían en las comarcas del Rin tres ó cuatro pequeños ducados que formarían parte de la confederación germánica, pero que estarían al mismo tiempo bajo la protección de la Francia. Otros príncipes alemanes desposeídos serían colocados en los principados danubianos (2).

De todos estos planes y negociaciones Napoleón no dejó transpirar nada en Berlín, ni tampoco el embajador francés en aquella corte recibió de su ministro la menor noticia de la idea del congreso, ni aun el 19 de mayo. Semejante silencio inquietó a Bismarck, tanto más cuanto que recibió por otros conductos muchas noticias, y entre ellas no pocas que exageraban todavía la aproximación del Austria a la Francia y que hasta daban por seguro que el gobierno austriaco había ofrecido a Napoleón la frontera del Rin. También le dió que meditar el hecho de que Govone recibiera en 7 de mayo la orden de ir a Florencia pasando por París. Verdad es que Napoleón no recibió a este general, según dijo para evitar los comentarios de la prensa; pero esto no significaba nada, pues que teniendo Nigra acceso constante a la persona de Napoleón, era indiferente que la conveniencia y posibilidad de la salida de Italia de la alianza prusiana fuese discutida entre Napoleón y Nigra ó entre éste y el general Govone.

Lo que el embajador prusiano notificó a Berlín respecto de las opiniones personales de Napoleón fué tan contradictorio que el rey y Bismarck acabaron por no atribuir ningún valor a las comunicaciones de su embajador. Siguiendo el consejo de este último, escribió el rey de Prusia hacia el 10 de mayo una carta autógrafa al emperador francés, encargando al comandante Burg que se la entregara personalmente; pero apenas había llegado este militar a París, telegrafió el embajador Goltz que la carta ya no correspondía a la situación general, y así regresó Burg a Berlín sin haberla dado y sin haber hablado con el emperador (3). Probablemente se trataba en esta carta de pedir que hubiera un acuerdo entre la Prusia, la Italia y la Francia antes de la reunión del congreso. También recibió este encargo de su gobierno el embajador de Prusia, que si bien fué escuchado con mucha

(2) Lamármora, pág. 214.

(3) Benedetti, págs. 155 y 158.

benevolencia por el emperador, éste en realidad no hizo ningún caso de semejante proposición, lo cual produjo en Berlín todavía más recelo por saberse allí que el gobierno francés procuraba entenderse confidencialmente con el de Austria.

Entretanto regresó Govone otra vez a Berlín en 20 de mayo, pasando también esta vez por París, y tuvo al día siguiente una conversación con Bismarck. Este le dijo con la mayor franqueza que la actitud de la Francia le llamaba ante todo la atención en aquel momento (1); que observaba un completo mutismo enfrente de la Prusia, mientras los representantes franceses en los Estados secundarios trabajaban en sentido austriaco; que en Biarritz el emperador se había mostrado conforme con algunas compensaciones que podía aceptar también la Prusia; pero que no podía entrar en discusiones más concretas cuando se estaba ante la solución que exigían convenios más definitivos. «No habrá, dijo, que proponer ahora al rey la cesión de dilatadas provincias: en esto podría pensarse a lo más en caso de una derrota y para conseguir el auxilio de la Francia; mas fácil sería para el emperador hacerse con la Bélgica.» La intención de Bismarck al decir esto fué evidentemente hacer hablar a Govone, para ver si por medio de Nigra sabía algo de las intenciones del emperador; pero el general italiano no pudo revelar nada porque no estaba en el secreto, y lo mismo sucedió con Benedetti. Lo que éste supo se redujo a lo que le había escrito Drouyn de Lhuys en 31 de marzo, lo que a la verdad fué muy significativo: «La extensión que tome la guerra y las cuestiones que origine decidirán más adelante cuáles han de ser los elementos de una inteligencia entre la Francia y la Prusia (2).»

Además de Bismarck y de Goltz trabajaban entonces también el príncipe Napoleón y Nigra para inclinar al emperador a favor de una triple alianza (3); pero Napoleón no abandonó la resolución de no contraer ningún compromiso antes de ver el éxito de las primeras batallas, lo cual no le impidió continuar negociando con el Austria para asegurarse la cesión de Venecia en el caso de que alcanzara victorias. A este fin llamó a París al duque de Gramont, su embajador en Viena, para darle instrucciones sobre la conducta que había de seguir en la corte de Austria. Entretanto también se trabajaba con cierto éxito en la realización del congreso. Walewski, Cowley y Budberg tuvieron en 15 de mayo una conferencia para redactar la invitación, la cual necesitó todavía algunas conferencias más para que la aceptaran los tres gabinetes, de suerte que solo pudo ser enviada a las potencias desde París el 24 de mayo. Entretanto estaba ya asegurada la aprobación de Prusia y de Italia, y la aceptación del Austria se admitía ya como segura. La sorpresa fué tanto mayor cuando, después de haber aceptado oficialmente los demás Estados la invitación, se recibió el 2 de junio la aceptación de Viena con tantas reservas que era equivalente a una negativa; pues el conde de Mensdorff puso por condición que de las conferencias quedara excluida toda combinación que implicara un aumento de territorio ó de poder a favor de cualquiera de las potencias interesadas en el congreso. Además quería que se invitara al Papa, al cual según decía no se podía negar el derecho de tomar parte en una conferencia que debía tratar de asuntos italianos. Recibida esta contestación, fechada en 1.º de junio, el príncipe Gorchakov preguntó a las otras dos potencias invitadas si en vista de semejantes reservas el congreso podía tener todavía un fin

(1) Lamármora, pág. 229.

(2) Benedetti, pág. 78.

(3) Véase la comunicación de Nigra a Carignan.

práctico, a lo cual contestaron aquellas negativamente. Bismarck, que recibió esta noticia el 4 de junio justamente en el momento en que se hallaba en su despacho el embajador francés, exclamó con júbilo cuando hubo leído la comunicación que anunciaba la retirada de la invitación: «¡Viva el rey! ¡Esto es la guerra (4)!»

Bismarck, en la suposición de que sería nombrado para tomar parte en el congreso de París, había encargado al embajador Goltz en los días precedentes que le explicara de nuevo las pretensiones francesas de compensación, y las había discutido también en Berlín con Benedetti. Al parecer dió motivo a estas discusiones el proyecto de la triple alianza, que activó el príncipe Napoleón tanto cerca de la Prusia como cerca de su primo. Una nota de las condiciones, que quedó en manos de Bismarck, limitó los propósitos comunes, en el caso de realizarse el congreso, a la cesión de Venecia a favor de Italia y del Schleswig-Holstein a favor de la Prusia. En caso de fracasar el congreso debía la Prusia emprender a la mayor brevedad la guerra contra el Austria, debiendo auxiliarla la Francia en el término de treinta días con 300,000 hombres. Al hacerse la paz debía recibir la Prusia territorios alemanes a su elección con siete a ocho millones de habitantes, y había de reformarse la confederación en su sentido; en cambio cedería a la Francia el territorio entre el Mosela y el Rin, sin Coblenza ni Maguncia, con medio millón de súbditos prusianos, 213,000 almas de territorios de Hesse-Darmstadt, Homburgo (Meisenheim) y Birkenfeld, y finalmente el Palatinado bávaro del Rin (en junto 1.350,000 alemanes) (5). El emperador Napoleón no intervino personalmente ni tampoco su diplomacia oficial en estas negociaciones, y hasta manifestó su aversión a adquirir una Venecia riniana (6). Sin embargo, añadió Nigra a esta noticia con malicioso sarcasmo, que faltaba ver todavía si la aversión del emperador era invencible. En efecto, no puede dudarse que el emperador habría estado muy dispuesto a un arreglo con la Prusia si hubiera podido obtenerse el precio pedido. Sin embargo, aunque el lenguaje del presidente del ministerio prusiano permitía suponer que él personalmente apoyaría concesiones, no dió esperanzas de que el rey consintiera en ellas. En 3 de junio hablando con Benedetti entabló Bismarck de nuevo, sin que nada le impulsara urgentemente a ello, la cuestión de las compensaciones (7). Aseguró, especialmente para entenderse con el emperador en el caso de grandes triunfos de la Prusia, con los cuales contaba, que el rey no estaba todavía dispuesto a ceder parte de su territorio. Dijo que en su opinión la Francia debía buscar sus compensaciones en todas aquellas partes fronterizas donde se hablaba francés, y quizás conseguiría sacrificar el país del alto Mosela, y aun el gobierno de Tréveris, que unido con el Luxemburgo podía dar una indemnización suficiente para Francia; que él, Bismarck, se opondría también a exigencias excesivas, como por ejemplo cesiones territoriales que comprendieran a Colonia, Bonn ó Maguncia, y que antes de consentir en ellas preferiría dimitir. Benedetti, que hasta entonces no había tenido instrucciones respecto de estas cuestiones ni del emperador ni de Drouyn de Lhuys, prefirió no continuar tratándolas, según escribió a París, y solo observó a Bismarck

(4) Benedetti, pág. 132.

(5) Véase en la obra alemana de Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo I, pág. 506, la circular de Bismarck del 29 de julio de 1870.

(6) Acaso será un eco de la corte lo que entonces escribió Merimee a Panizzi (tomo II, pág. 296) esto es, que los países rinianos no querían ser franceses y podrían fácilmente llegar a constituir una segunda Venecia.

(7) Dieron el motivo comunicaciones de Goltz sobre las proposiciones del príncipe Napoleón, de las cuales Benedetti no tenía conocimiento, por lo menos oficial. Benedetti: *Ma mission*, pág. 165.

que el Luxemburgo estaba en el mismo caso que la Bélgica y ciertos cantones suizos. En vista de esta comunicacion, Drouyn de Lhuys mandó á Benedetti por telégrafo que le informase de la disposicion de la opinion pública en Alemania, á lo cual contestó éste en su comunicacion del 8 de junio que si bien la opinion pública se habia tranquilizado algo en los últimos años en cuanto á la desconfianza que le inspiraba la Francia, bastaria el menor indicio de concupiscencia respecto de la frontera del Rhin para despertar otra vez el recelo general; que fuera de Bismarck no conocia á nadie que soñara en semejante sacrificio; que la fuerza de la guerra podria producir cambios que nadie podia prever, pero que por lo pronto la proposicion de semejante sacrificio seria tanto para el rey como para el mas humilde de sus súbditos la idea mas abominable; que tambien el príncipe heredero, adversario convencido y decidido de la política de Bismarck, habia declarado hacia muy poco con la mayor viveza que preferiria la guerra antes que la anexion del Schleswig-Holstein á la Prusia en cambio del condado de Glatz (1). No seria justo dudar de las comunicaciones de Benedetti, si bien pudiera ser que hubiera supuesto, sin que se le pudiera tachar por esto, que al hablar Bismarck de la compensacion, lo hiciera por estar inclinado personalmente á concesiones territoriales, sin sospechar que las conversaciones del diplomático prusiano no tenian mas objeto que «dejar á los diplomáticos franceses sus ilusiones propias, mientras fuese posible, sin prometer nada ni siquiera verbalmente (2).»

Podrá ser que alguna expresion muy bien calculada de Bismarck recibiera en las comunicaciones de Benedetti, sin intencion, el carácter de una promesa que en realidad no tenia. Lo mismo puede decirse probablemente de las comunicaciones de Govone, especialmente de aquella en que habla de su audiencia de despedida en la noche del 3 de junio, que se parece mucho á la conversacion de Benedetti del mismo dia (3). Las proposiciones del príncipe Napoleon fueron rechazadas definitivamente, «á pesar de repetidas y aun amenazadoras instancias,» entre el 4 y el 11 de junio, segun los datos hasta ahora publicados.

Considerando Napoleon bastante seguro el triunfo del Austria, le convino mucho mas obtener para este caso la ce-

(1) Benedetti, pág. 171. Hasta la *Gaceta de Colonia* habia recomendado vivamente entonces, con objeto de evitar la guerra, la cesion de Glatz al Austria.

(2) Véase la circular de Bismarck del 29 de julio de 1870.

(3) Lamármora, pág. 259. Bismarck, como se sabe, declaró en 16 de enero de 1874 que era una invencion descarada la especie de que él habia dicho á Govone que la Prusia estaba dispuesta á ceder parte de su territorio; y Govone dice á la verdad que Bismarck le habia dicho: «Soy mas prusiano que alemán, y no tendria escrúpulo en firmar la cesion á la Francia de todo el territorio entre el Rhin y el Mosela: el Palatinado, Oldemburgo (es decir Birkenfeld), una parte del territorio alemán, etc. Pero el rey... solo se resolveria á esto en un momento extremo.» Segun la declaracion decidida de Bismarck, no puede dudarse que la comunicacion de Govone contiene en este punto adiciones de su autor, sin que esto signifique que Govone procediese de mala fe. Para la crítica de la historia no tiene gran valor la declaracion del *Reichsanzeiger* (el periódico oficial del imperio alemán) del 22 de enero de 1874: «Después de examinados escrupulosamente los pretendidos despachos de Govone, publicados por Lamármora, por personas iniciadas, éstas han tenido que convencerse de que los tales despachos están adulterados y quizás enteramente inventados, pues que discrepan de las conferencias celebradas aquí, tanto en punto á su objeto como en su orden de sucesion. Los informes provisionales tomados cerca del gobierno italiano han dado por resultado que estos despachos ni siquiera existen en el archivo italiano, etc.» Después de haberse repetido la misma argumentacion empleada aquí, con malísimo éxito, en vista del *Diario del emperador Federico III*, no puede darse importancia definitiva al juicio de las «personas iniciadas» anónimas. Esto no tiene nada que ver con el hecho indudable de que la eleccion de los documentos hecha por Lamármora, es enteramente parcial y engañadora en muchos conceptos.

sion de Venecia que llegar á una inteligencia con la Prusia. Por esto el duque de Gramont regresó el 4 de junio á Viena, donde en efecto consiguió pactar un convenio sobre la base que Napoleon deseaba, y segun el cual la Francia se obligó á observar una neutralidad absoluta y ofreció hacer cuanto pudiese para inducir á la Italia á conservar la misma actitud. El Austria se comprometió á respetar en todos los casos la integridad del territorio existente de Italia, á renunciar al Veneto cualquiera que fuese el resultado de la guerra, á no reclamar ninguna especie de preponderancia en Alemania que sometiera á este país á su influencia exclusiva, y á no realizar cambios territoriales que pudiesen comprometer el equilibrio europeo sin el consentimiento de la Francia. Tambien quiso el Austria que Napoleon al transmitir la Venecia á la Italia impusiera la condicion de conservar el poder temporal del Papa en la extension que entonces tenia; que la Italia reconociera definitivamente la nueva frontera del Austria (es decir, que renunciara al Tirol italiano y á Trieste); que pagara una indemnizacion para las fortalezas, que se encargara de una parte proporcional de la deuda austriaca, y finalmente que no hiciera del puerto de Venecia una base de operaciones contra las costas austriacas. El emperador francés prometió además oponerse á una reaccion popular contra la unidad de Italia, siempre que estallara semejante reaccion, y el Austria se reservó el derecho de reclamar indemnizacion para los soberanos destronados de la casa de Austria cuando ocurrieran conferencias sobre modificaciones territoriales, excepto en Italia (4).

En el curso de las discusiones habia prometido tambien la Prusia, aunque no por escrito, que ninguna de las cuestiones que tocasen á los intereses de Francia seria resuelta sin la aprobacion de este país, cualquiera que fuese el resultado de la guerra (5). Por lo menos así lo aseguró Napoleon en una carta que dirigió en 11 de junio al ministro de Negocios extranjeros, cuya carta este último leyó el 13 del mismo mes en el cuerpo legislativo. En este documento negó el emperador que tuviera intencion de aumento territorial, diciendo que la Francia solo podia pensar en semejante aumento cuando se modificara el mapa de Europa en beneficio exclusivo de una gran potencia y cuando las provincias limítrofes expresaran libremente su deseo de ser incorporadas al imperio francés. En la misma carta atribuyó la guerra que amenazaba á tres causas: primera, la situacion geográfica de la Prusia, que estaba mal deslindada; segunda, la necesidad que sentia la Alemania de una constitucion política mejor, y tercera, el deseo de la Italia de consolidar su independencia. Como remedio de esta situacion consideraba Napoleon: un aumento de fuerza y consistencia para la Prusia en el Norte; una union mas estrecha para la Alemania con mayor influencia de los Estados de segundo orden, manteniendo la posicion influyente del Austria, y la adquisicion de Venecia por Italia á cambio de una indemnizacion proporcionada. La cuestion de alcanzar estos objetos por medio de la guerra no comprometia en nada los intereses de la Francia, y lo que tocaba al emperador exigir, á saber, la conservacion del equilibrio europeo y de Italia, estaba asegurado sin que la Francia echara mano á la espada. Por esto se habia propuesto el emperador una neutralidad desinteresada y expectante.

Aunque tenia ciertos puntos oscuros el cuadro del porvenir de la Europa central que Napoleon trazó en esta carta, se destacaba con bastante claridad la modificacion que en

(4) Rothan: *La politique française en 1866*, pág. 169.

(5) Drouyn escribió á Gramont en 19 de junio de 1866: «No tenemos ninguna clase de arreglo escrito con la Prusia; pero los condes de Bismarck y de Goltz han declarado repetidas veces verbalmente que nada definitivo se arreglaria sin entenderse con la Francia.»

principio deseaba el emperador para Alemania, de suerte que no es justo calificar sus ideas como confusas y contradictorias, sino muy al contrario hay que convenir en que desde el punto de vista francés parecen muy lógicas, si bien suponian para la Alemania un estado que no podia satisfacer al sentimiento nacional alemán, pero que conservaba perfectamente los intereses de la Francia. El deseo de dar á la Prusia mayor homogeneidad y fuerza en el Norte para mejorar el trazado pésimo de sus fronteras geográficas, podia suponer no solamente la incorporacion del Schleswig-Holstein, sino tambien la adquisicion de otros territorios alemanes sin los cuales no podia realizarse la homogeneidad geográfica. Pero como la Prusia, por otra parte, no habia de adquirir mayor fuerza sino en el Norte, no debiendo ganar ninguna gran potencia exclusivamente en los cambios territoriales, era natural que la Prusia no solamente cediera la Silesia al Austria como indemnizacion de Venecia, sino que renunciara tambien á su posicion por la parte de su frontera occidental, fuera que de los territorios á la izquierda del Rhin se formara un segundo Estado secundario, ó fuera que, en caso de resultar muy dilatadas las anexiones de la Prusia, se cedieran los territorios de la izquierda del Rhin en todo ó en parte á la Francia para restablecer el equilibrio. Napoleon queria conservar la influyente posicion del Austria en Alemania, y como al recibir la Silesia en sustitucion de Venecia se aumentaria esta influencia, era lógico que los Estados secundarios quedasen unidos mas estrechamente por medio de una nueva organizacion mas robusta. De este modo la Alemania quedaria dividida en tres grandes cuerpos políticos, combinacion que debia satisfacer, en el concepto de los franceses, á la nacion alemana al mismo tiempo que protegeria al equilibrio europeo contra toda modificacion peligrosa, como hubiera sido la creacion de la unidad alemana bajo la direccion de la Prusia. Difícilmente podrá sostenerse que era imposible realizar este proyecto, admitiendo por supuesto que la Prusia sucumbiera en la guerra contra el Austria, lo cual parecia muy probable á Napoleon y á la mayor parte de los políticos de Europa. Si al mismo tiempo la Prusia alcanzara ventajas, por ejemplo, en el Hanover y en el Hesse Electoral, lo cual era muy compatible con una derrota en Silesia ó en Sajonia, Napoleon podia lisonjarse de imponer á las partes beligerantes sus proposiciones de mediacion, con solo la amenaza, sin necesidad de echar mano á las armas. Al meditar Napoleon esta combinacion debió de parecerle altamente seductora, y sin duda ninguna hubiera tambien satisfecho al orgullo francés, sobre todo si al mismo tiempo hubiera resultado para la Francia una pequeña rectificacion de fronteras, como por ejemplo la restitucion de Landau y Saarlouis, que habia perdido la Francia solo en la segunda paz de Paris. Alejar la Prusia de sus fronteras, conservar al Austria como gran potencia alemana rival de la Prusia, poner los Estados secundarios moralmente bajo la proteccion de la Francia, libertar á Italia hasta el Adriático, y conseguir todo esto sin desenvainar la espada, era una perspectiva realmente seductora. Difícil seria demostrar que Napoleon hubiese dado un golpe falso que hubiese comprometido la posibilidad del buen éxito. Lo que derrumbó todo este castillo de naipes fueron dos circunstancias que no estaba en manos del emperador modificar: primera, la asombrosa superioridad de las armas prusianas, y segunda, el estado miserable del ejército francés, del cual Napoleon por supuesto era responsable, pero que seguramente no conocia entonces en toda su extension, y por lo demás no podia ser mejorado en pocos meses, sobre todo cuando grandes armamentos franceses al principio de la guerra habrian podido dar lugar á una inteligencia entre el Austria y la Prusia. Así, cuanto menos tu-

vieron en cuenta el emperador y sus hombres políticos estos dos factores desfavorables, tanto mayor fué su consternacion cuando llegaron á conocer su error y se convencieron de que habia desaparecido la base de sus planes, aparentemente tan bien fundados.

## CAPITULO XIII

## FIN DE LA PREPONDERANCIA FRANCESA

Entretanto se habia efectuado la ruptura entre Prusia y Austria; el 12 de junio el gabinete de Viena declaró rotas las relaciones diplomáticas, y el 14 se celebró la última sesion de la dieta, en la cual el representante Savigny declaró caducado el convenio federal. En 17 y 18 del mismo mes publicaron los dos monarcas beligerantes sus respectivos manifiestos de guerra, y el 22 de junio penetraron las primeras tropas prusianas en territorio austriaco (1). La mision mas importante de la diplomacia francesa fué en aquellos dias impedir que la Italia se mostrase demasiado ardorosa. Debiendo quedar rigurosamente secreto el convenio del 9 de junio y no pudiendo por tanto el gobierno italiano hacer mas que decir en Florencia en términos muy generales que la adquisicion de Venecia estaba asegurada en todos los casos, se procuró enfrenar por otros medios el humor belicoso de los italianos. Napoleon especialmente mandó decir por medio de su primo al rey de Italia, que el rey de Prusia habia declarado al emperador de Austria bajo su palabra de honor que no existia verdadero convenio entre él y la Italia y que si esta última potencia atacaba al Austria, no tenia obligacion el rey de Prusia de seguirla (2). Al embajador Nigra observó Napoleon que durante la campaña podria presentarse una situacion en la cual resultara útil para la Italia no hacer la guerra con demasiada energía (3). Algunos dias despues el mismo embajador notificó que el Austria se limitaria en Venecia á la simple defensiva (4), indicando con esto implícitamente que la Italia haria bien en limitarse al sitio de las fortalezas.

En sentido enteramente contrario se expresó la Prusia respecto de la campaña de Italia, y su embajador en Florencia, Usedom, aconsejó á Lamármora en una carta fechada en 17 de junio que las tropas italianas, dando un rodeo para evitar el cuadrilátero, sin detenerse en sitios marcharan sobre Viena para dar allí la mano á los prusianos, pues para asegurarse la posesion duradera de Venecia era menester primero herir al Austria en el corazon. Añadia la nota que podia encontrarse un excelente auxilio en la insurreccion de Hungría; que si Garibaldi desembarcara en la costa del Adriático encontraria la recepcion mas cordial, y que desde la Silesia avanzaria un cuerpo volante hácia el Sur para unirse con Lamármora, golpes todos que serian dirigidos no ya á los miembros sino al corazon del Austria.

Lamármora, que entretanto habia tomado el mando del ejército de operaciones, por cuya razon habia cedido la direccion política á Ricasoli, como presidente del consejo de ministros, y á Visconti-Venosta, que sucedió á Ricasoli en el ministerio de Negocios extranjeros, se mostró muy disgustado de los consejos prusianos, y á pesar de haber recibido dos veces la nota de Usedom, no juzgó conveniente contes-

(1) El objeto de esta obra solo permite referir superficialmente los sucesos militares y los actos diplomáticos de la guerra austro-prusiana, en la cual ninguna parte tomaron ni la Francia ni la Italia, y además se encuentran expuestos en otra parte de esta HISTORIA UNIVERSAL.

(2) Lamármora, pág. 291.

(3) Lamármora, pág. 296.

(4) Lamármora, pág. 317.